



Revista Electrónica (Farol)

φάρωλ

de Arte y Literatura

N. 2 mayo, 2014

Revista Farol de Arte y Literatura

Número 2, mayo 2014

Director: Ricardo García
Monterrey, NL

Contactos:

farolrevista@gmail.com

[facebook.com/farolrevista](https://www.facebook.com/farolrevista)

<http://farolrevista.co.nf>

Los textos e imágenes aquí publicados son propiedad intelectual de sus respectivos autores.

Todo lo demás está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial- SinDerivar 4.0 Internacional.



Índice

| | |
|--|----|
| Sobre el segundo número | 2 |
| Farol | |
| Huauhtli | 3 |
| Luis Oyervides | |
| Sol de Monterrey | 5 |
| Ana María Luna Peña | |
| El Playa | 7 |
| Gabby Santoy | |
| Relieves | 10 |
| Míkel F. Deltoya | |
| Manhattan Skyline | 14 |
| Berenice Juárez | |
| Segador | 19 |
| FATE | |
| La importancia del cine en la literatura de Rubem Fonseca | 24 |
| Daniela Saucedo | |
| La vía para viajar por el tiempo | 27 |
| Aracely Estrada Dávila | |

Sobre el segundo número:

Es un horror estar con ustedes, lectores, sin antes agradecerles como es debido. En verdad, sin este grupo nuestro de lectores —y a la vez escritores— esta revista no existiría. Un lector toma un libro, un escritor viaja a congresos, pero la vida de un lector-escritor como tú y yo es insostenible sin el recurrente:

¿Ya leíste mi cuentillo?

¿Te leo éste, mi poemilla?

Mira, saqué diez en este ensayo.

Si en este segundo número de Farol exploramos el arte de narrar no fue porque el editor lo quiso, sino porque ustedes así lo desearon, pues eso nos enviaron. También podrían sugerirnos otras cosas y exploraríamos nuevas avenidas. Los valles y cimas de las reseñas de libros, me parece, es del agrado de muchos de nosotros. Imagina un escritor-lector que no se presume, también, crítico. Sería como una revista sin carta editorial. Sin prejuicios. Estéril.

Es un honor, finalmente, aprovechar este espacio para invitarlos a nuestra mesa de tallero. Es una pieza de madera alrededor de la cual discutimos nuestros cuentillos, nuestros poemillas y nos damos cuenta de que ese ensayo no valía el diez, pero tampoco estaba tan mal, probablemente.

(Para mayores informes contáctennos por e-mail, etc.)

Atte. Farol

Huauhtli

Luis Oyervides

Huauhtli: También llamada amaranto, es amarilla, redonda, envuelta, muy redonda, como maíz redondo. Dura, arenosa, endurecida, se hace tzoalli. Yo hago tzoalli.

—Códice Florentino

Cené en este mismo restaurante. Pedí un plato sencillo y un café sencillo (era el único local abierto aquel día). Entró una mujer pequeña, un poco amarilla, redonda, muy redonda, con las manos estropeadas por el sol o qué sé yo; pelo negro hasta la cintura, muy lacio. Me preguntó si podía sentarse a mi mesa (naturalmente que podía) y pidió la carta: "Todo lo que hay que sea carne". Eso dijo, y pagó de antemano en monedas pesadas de a diez y de a veinte, más propina.

Pacientemente, con la meticulosidad de un cirujano o un jardinero, trinchó y recortó cada porción en cantidades más pequeñas, mientras leía una revista grande que llevaba bajo el brazo que trataba sobre ingeniería, probablemente, porque tenía una imagen de un tren en la portada, dibujos de maquinaria y cosas así. Jugaba un poco con su cabello, con una mano, y con la otra comía un bocado o dibujaba en una hoja de papel milimétrico. Esto la mantuvo ocupada un buen rato.



Yo pedí otro café y pagué la cuenta. Tuve que salir al cuartito exterior (porque el local no tiene baño adentro). Salí silbando... ¿la mujercita me seguía? Di media vuelta y no vi nada, pero creí escuchar un chasquido: algo se movía entre los maizales. El restaurante se veía vacío desde el exterior. La mujer se alejaba despacio por el camino (y su andar era como un ánade anda). Cerré los ojos e hice lo propio. Sólo escuchaba, incesante, el cantar burlón del martinete.

Luis Oyervides

Estudiante de Letras, aficionado a las bibliotecas y, a veces, profesor en una escuela de cuyo nombre no quiero acordarme. Abandoné los concursos literarios porque sentía dolor de cuerpo y por suerte no he recaído. Me dedico, en cambio, a la jardinería.

Sol de Monterrey

Ana María Luna Peña

Su primer mañana en Monterrey la pilló por sorpresa: el sol no había salido por donde debía. Se la pasó asomada a la puerta la entera tarde, sin traspasarla ni acostumbrarse a esta nueva trayectoria. No comió en todo el día y el atún se le echó a perder en la lata. Intentó remediar la situación durmiendo con los pies apuntando a la cabecera y hasta movió la cama a la esquina más apartada de la ventana, pero el sol siguió saliendo por donde no le tocaba. Regresaba a Juárez todas las veces que le era posible para sosegarse viendo anochecer la tarde mientras saboreaba un helado y caminaba por las banquetas, pero cuando volvía a casa era de nuevo lo mismo. Comenzó a desvelarse, a rondar la calle por las noches, a despertar con el sol en el cenit. Eso calmó un poco sus ansias. Salía a las compras a eso de las 3 y regresaba rápido, para no ver qué lado del horizonte recibía al astro rey para dormir. También cambió sus horas de trabajo, olvidó unos antiguos pesares, pero siguió soñando con llanto y avenidas desiertas. Se empezó a olvidar del reloj, sobre todo después del otoño, del cambio de horario, las noches cada vez más largas y el cumpleaños de su madre al que no pudo asistir. La máquina dejó de regir sus momentos de actividad o reposo; la dirigían en cambio las necesidades básicas espontáneas, como comida, bebida, aseo o sueño. Lo que importaba era echar un vistazo por la ventana y saber que el sol caía en un ángulo más o menos recto para poder salir. ¿Y en qué día del mes estaba? Tampoco eso sabía. Luego la pilló por sorpresa un hijo. Hizo sus maletas, regresó al otro lado del cerro y cuando despertó la primera mañana con el sol saliendo del este le colgó un seguro a su vestido y se encerró a llorar.

Ana María Luna Peña

Estudiante del octavo semestre de Letras Mexicanas. Lectora de Alfonso Reyes. Ha publicado en Farol, Fanfiction.net y Fictionpress.com. Ganó un Concurso de cuento en su preparatoria, en 2010, cuyo primer premio era de \$1,000M.N. Lleva el blog: lunape.wordpress.com



Gabby Santoy

A mi primo

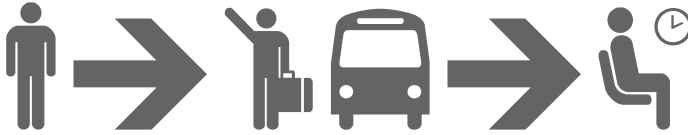
Los dejaron salir temprano. Apenas era miércoles, pero con sentir que casi casi podía tocar el viernes se ponía como loco, lo ansiaba como el oro al final del arcoíris; aunque sabía que era un ciclo repetitivo, rápido como un abrir y cerrar de ojos, no se desanimaba.

De espalda al cerro, corriendo porque la calle lo exigía y el hambre lo apuraba, llegó a la parada del camión; una banca de metal sucio, sin un techito que diera algo de sombra, pero sí con un anuncio donde aparecía la Ninel Conde enfundada en un bikini rojo con rayas blancas, con los brazos alzados ante una amenaza invisible, y gritando: ¡Guardiaas, un surimi!, mientras que un hombre vestido como romano la miraba sin mirar con la cabeza agachada, parecía haber perdido ante la guerra más absurda.

Paco no podía dejar de pensar que ella era una pendeja, pero eso sí, una pendeja bien buenota.

Recargándose en el anuncio se dispuso a esperar su camión. Pinche camión, ojalá no tardara tanto, ya ni porque me salí corriendo antes que los otros güeyes. Le gustaba que la ruta llegara vacía, así podía escoger el mejor asiento: aquel donde el sol no abrasa y la ventana abierta y el viento son algo más que sólo eso. Así sí me jeteo bien a gusto.

Dormir en la ruta es la única esperanza de dos horas de tráfico y trayecto, y más aún dormir sin el remordimiento de estar robándole a un anciano o a una embarazada el lugar. El que duerme al último pierde,



tácita ley de esta selva ambulante, si no, se estará propenso a presenciar (o a formar parte) del concierto de gente que ahoga, pasito a pasito, cada centímetro del camión.

Incluso aunque el cuerpo le pesara de puro cansancio cedía su lugar, pensaba que lo miraban odiando sus piernas y brazos, más aptos para soportar los violentos arrancones y frenones del chofer...

En esas cosas reflexionaba cuando de la nada vio acercarse al Güero alias David Martínez de la Rosa, primer lugar en la generación 2007-2010 de la secundaria pública Felipe Carrillo Puerto, hijo de padres divorciados, futura eminencia en Química y viejo amigo de Francisco Olvera Hernández, nuestro protagonista.

–¡Qué onda Güero, hace un chingo que no te veía, güey!

–¿iPaco!?, ni de pedo, desde la secu que no te topo.

–Uuuuh, años, Güero, ¿cómo has andado?

–Pos chido, güey, de hecho voy para la facu, estudio ahí en la Uni.

–Aah ¿qué estudias? Pérate, ya sé: ¡SeñorIngenieroQuímico!

–Ajajajaja, simón, estoy en Químicas.

–A huevo, ya sabíamos todos, tanta pinche fórmula no era pa´ nada, ¿y sí está chido o nel?

Durante quince minutos David dio rienda suelta de su vida como estudiante; que la Facultad de Ciencias Químicas y me la paso en el laboratorio, que la Facultad de Ciencias Químicas y chale no hay tantas morras chidas, que la Facultad de Ciencias Químicas y uno que otro

Φαρῶλ (Farol)

profe es bien castrante, que la Facultad de Ciencias Químicas y chance me voy de intercambio a Alemania porque eso cuenta chingos en el currículum.

Perpetuo río de palabras y realidades ajenas que arrastraron hasta el fondo del diálogo a Paco.

Una vez David le pasó las respuestas de la 4 y la 5, dos veces Paco salvó el partido, alguna vez jugaron a esconder mochilas. Muchas veces sus risas nacieron juntas.

Guiño de la realidad detenida por el recuerdo. Ahí viene el Playa, güey, dijo David a Paco. El Primero levantó el brazo, tarjeta en mano y subió. Beep, verde. El Segundo palpó sus bolsillos vacíos, su cartera vacía, su mochila vacía, él todo vacío. Chingado, pensaba. Órale, Paquito, ¿no me digas que se te olvidó tu credencial? 10 pesos, por güey.

Paco sin tarjeta, Paco sin suficiente feria, Paco sin ser David, que ya estaba sentado y le gritaba desde su asiento. Vete a la chingada, pen-dejo. Pero no volteó a verlo. Un salto y a la calle.

La estela de humo y tierra levantada por el Playa coloreaba el asfalto, coloreaba el recuerdo.

Gabby Santoy

Nació en Monterrey, Nuevo León, el 27 de noviembre de 1992. Estudió primaria, secundaria y preparatoria, actualmente estudia la licenciatura.

Le gusta leer, escribir, preguntar cuando no entiende, observar a las personas –sobre todo si preparan comida o bailan–, y a veces colabora en diversos proyectos.

Relieves

Míkel F. Deltoya

Mi hermano Rogelio fue un mártir. Desde chiquito sabíamos que iba a morir como Cristo Nuestro Señor. No tenía ni un mes de nacido cuando mi amá lo llevó en su rebozo al templo de Nuestra Señora del Roble porque acá en Jiménez se acostumbra a bautizar a los niños antes de cumplir el mes. Subiendo la cuesta pa' llegar al cerro, le salió una culebra y por el puro susto fue a dar pa' l barranco y terminaron ambos todos espinados. Lo güeno que no se rompieron ningún hueso pero como lo dije, terminaron todos espinados.

Por suerte unos arrieros escucharon el chillar de mi hermano y pues me basta con decir que lo bautizaron con su espaldita toda llena de espinas, mi amá vio esa vivencia como una señal de Diosito y quiso, así sin despuntarlos, que lo bautizaran pa' aprovechar el aire del milagro. El padre Manolo desde que roció la 'gua en su frentecita dijo que sabía que Rogelio iba a llegar lejos. "Este niño va a ser santo", dijo.

En una ocasión, ya con siete añitos, mi amá lo mandó a la tiendita de doña Meche por unos blanquillos; le daba dos tostones que Rogelio bailaba entre sus dedos haciéndolos sonar como campanitas. Mala suerte fue aquel día que pasó por la cantina y un borracho le jaló las greñas y le quitó los dineros. Esa mañana no comimos nada y mi amá le dijo que ya no lo iba a mandar solito jamás.

Yo ya pa' ese entonces no tenía piernas, me las cortaron por culpa de un escopetazo que me dio un constitucionalista, de haber sabido hubiese acompañado a mi hermanito esa mañana y le habría roto la cara a ese mugroso borracho.

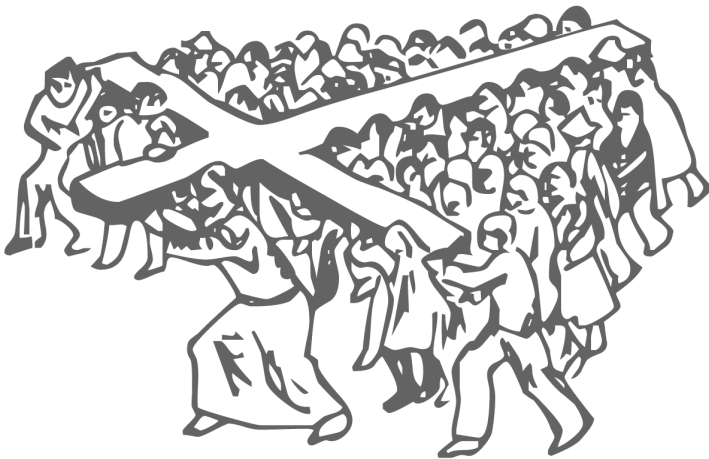
Φαρῶλ (Farol)

Años después, cuando ya había cumplido doce, mi amá lo mandó a la carpintería de don Jacobo y rápido aprendió a barnizar muebles. Llegaba con sus manos todas astilladas y en una ocasión se enterró un clavo en la mera palma de la mano izquierda; salió corriendo tras el accidente al templo donde mi amá andaba chismeando con las vecinas sobre el milagrito que le cargaron a Encarnación, la hija de don Chayo, o hablando del alcoholismo de Prudencio, el ayuntador. Mirar a mi hermanito con la mano sangrando y el clavo atravesado hizo que las señoras que iban al rosario se callaran:

“Santísimo Dios, ¡qué te paso, Rogelito?!” gritó mi amá persignándose.

“¡Su hijito tiene la estigma de Nuestro Señor!” Le dijo doña Juvencia.

“Ese niño va a ser santito, doña Refugio, es una señal.” añadió Doña Felicitas.



Pues pa´ no hacerles largo el cuento, cuando cumplió quince, ese mismo año se armó la revuelta cristera y cerraron parroquias por todo el estado. Mi amá nos obligó a levantarnos en armas por mandato de Diosito, justo como los caballeros medievales y pues qué otra opción teníamos. Yo andaba sin piernas, así que no servía de mucho, pero mi hermanito Rogelio sí se fue a pelear contra los pecadores. En una de esas lo cacharon junto a otros doce chavalitos rezando, íasí como los doce apóstoles! y pues a todos los fusilaron. Antes de darles el tiro de gracia, uno de ellos afirmó que Rogelio era el favorito de Dios y que si lo mataban se las iban a ver con el creador mismo. Me cuenta Ponciano que los militares nomás se echaron a reír, pero sus piernas temblaban y me dijo que les dijo así en voz quedita a los demás muchachos, que ningún castigo que les hicieran a ellos podría compararse con la manera en que Diosito los iba a castigar allá arriba.

Nomás por malosos los soldados, le dieron dos balazos en cada mano a mi hermano, sí, así como los agujeros de Nuestro Señor. No, no lo obligaron a cargar una cruz, pero sí le mocharon la plantas de los pies y lo hicieron caminar de punta a punta el pueblo; uno de ellos calentó la hoja de su navaja, una larga, en la fogata, los otros lo acostaron y le agarraron las piernas y los brazos, pero mi hermano ni se quejó, tampoco gritó ni nada, aunque le estuvieran rebanando la piel mientras todos los demás, me cuenta Ponciano, lloraban. El camino que lo obligaron a recorrer estaba terroso, lleno de piedras y maleza. Mi hermano Rogelio nunca se quejó, así como un angelito o un cordero a punto de ser sacrificado. En vez de decirles malas palabras o desearles el mal, al llegar a la cima del cerro, en un golpe de pecho profundo exclamó: ¡Que viva Cristo Rey!

Sí, cuando se calme la cosa yo voy a irme aunque sea arrastrándome hasta la basílica y le voy a pedir a nuestro señor obispo que lo hagan santito, es mi misión en la tierra, ser el testigo de las vivencias de mi hermano Rogelio. Malditos, malditos sean los que lo mataron, pero más



maldito el presidente aquel que comenzó esta masacre, a ése y a los suyos, Nuestro Señor le está guardando un lugar especial en la boca del de abajo. Benevolencia en la tierra, lo juro, seré testigo de quién fue mi hermano y daré palabra del relieve de sus milagros.



Míkel F. Deltoya (Cd. Juárez - 1991)

Dictaminador de la Revista Grotexito. Co-fundador del colectivo Slam-Poetry Monterrey. Delegado de la Rednell en Nuevo León. Coordinador general del proyecto Frente poético. Ha publicado poesía y narrativa en múltiples revistas nacionales e internacionales. Actualmente estudia Letras Mexicanas en la UANL.

Poesía y narrativa:

<http://versosdefenix.blogspot.com>

Reseña miscelánea:

<http://poectivismoyotrasinfamias.wordpress.com>

Manhattan Skyline

Berenice Juárez

Veo la lluvia caer desde mi asiento en el automóvil. El día está como para llorar. Completamente gris y repleto de nubes oscuras que sueltan lágrimas por doquier. El viento también ha hecho presencia dejándonos algo de frío con su roce. A mi lado, él maneja sin decir palabra alguna, lo veo perderse en las llanuras, en el vacío que todo esto va dejando. Somos sólo él y yo y el extraño mundo que levantamos alrededor. Ese mundo al que ambos pertenecemos, nuestro mundo, tan bizarro, tan lleno de nosotros, de lo que teníamos y lo que no. Lo que nunca nos faltó.

Miro por la ventana para evitar que nuestras miradas se encuentren. El viento y la lluvia me traen las palabras de una vieja canción, y como leyendo mi mente, mi compañero enciende aquel reproductor de música que solía escuchar años atrás. Sé perfectamente qué grupo y qué canción elegiré.

We sit and watch umbrellas fly; I'm trying to keep my newspaper dry. I hear myself say "My boat's leaving now" ...so we shake hands and cry. Now I must wave goodbye...

El aeropuerto está cada vez más cerca y con ello la despedida.

Él llegó a mi puerta pasada la media noche. Con cara seria y ojos distantes me dijo que si no había alguien que me llevara al aeropuerto, él podía hacerlo. Le dije que nadie se había ofrecido hasta entonces, que aceptaba su oferta. Mentí, ya había alguien dispuesto a llevarme, pero me sorprendió tanto verlo parado ahí a media noche que no pude evitar simplemente aceptar lo que me decía. Supongo que es lo menos que

Φαρῶλ (Farol)

podíamos hacer después de pasar más de dos años así, uno al lado del otro, conociéndonos cada vez más.

“Me voy a Europa por un año” le dije. Él sólo sonrió y con esos ojos tan suyos me deseó la mejor de las suertes. Así éramos a veces. Faltaba el tiempo y las palabras adecuadas. Nos limitábamos sólo a desearnos buena suerte, mirarnos un rato a los ojos sin desviar las miradas, abrazarnos y saber que nos importaba lo suficiente. Y eso era parte de lo que teníamos, y sabíamos entonces que había algo más allá, algo que no podíamos decir pero sí comprender, algo tan nuestro que se podía sentir sin la necesidad de decirlo.

You know, I don't want to cry again. I'll never see your face again. I don't want to cry again...

No hablamos más del tema, como solíamos hacer con la mayoría de las cosas, las decíamos una vez y con eso bastaba. Y qué más podíamos decirnos, qué debíamos hablar o planear. No sentíamos el derecho de preguntar “¿Y qué va a pasar ahora, con esto?”, porque no había nada aunque había mucho. Y así dejamos que los meses pasaran, sin preguntarnos ni decirnos nada. Ignorábamos el hecho de que yo me iba dejando todo esto atrás, disfrutando uno a uno los días restantes. Y nos besábamos y nos tocábamos, y dejábamos que esos momentos juntos se llenaran de perfección. Porque los días a su lado eran días tranquilos y felices. Porque incluso los días en que no hacíamos ni decíamos nada parecían mejor que cualquier otra cosa, traían un respiro a todo lo demás; y bastaba también con sólo tomarnos de la mano para que todo estuviera bien, para no sentirnos tan solos, para saber que estaríamos ahí el tiempo justo.

We leave to their goodbyes; I've come to depend on the look in their eyes. My blood's sweet for pain, the wind and the rain brings back words of a song, and they sing wave goodbye. Wave goodbye...



Siempre me sentí enamorada de él, siempre supe que él marcaría mi vida y me traería los recuerdos más felices que pudiera imaginar, y al mismo tiempo y sin saber por qué, sabía que no sería para siempre. Sabía que en algún momento cualquiera de los dos le daría fin a esto sin decir más, y quizá por eso, me aferré con fuerzas hasta el último momento. Y aún cuando nada era seguro, respetábamos lo que teníamos, nos amábamos en momentos y con eso era más que suficiente. Y así fue durante los últimos dos años, apreciando algo que yo más bien definiría como lo que buscábamos, lo que llenaba de vez en vez; algo que, en definitiva, yo jamás cambiaría.

Wave goodbye, wave goodbye, wave goodbye...

Sonríó al escuchar la canción que seleccionó. Me atrevo a mirarlo. Él sonríe como un niño que ha descubierto un nuevo juego, sonríe picarescamente, provocándome. Yo sonríó también, moviendo mi cabeza de un lado a otro, fingiendo desaprobación.

“Te reto a no llorar” me dice.

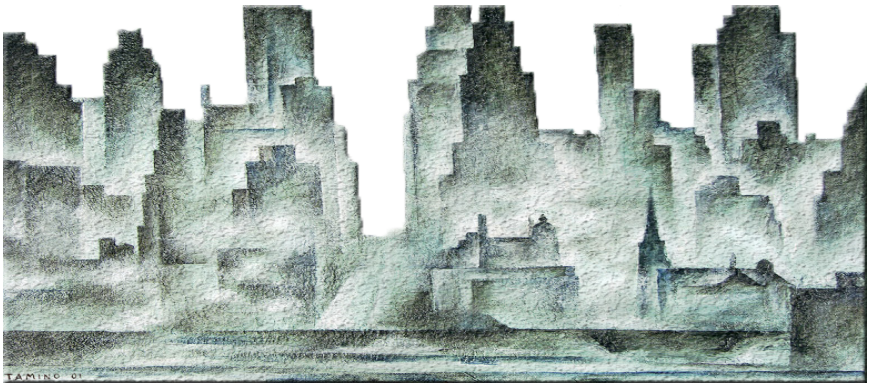
“Acepto, pero recuerda que la tristeza es un plagio de Manhattan Skyline” le digo sonriendo, repitiendo las palabras que él me dijo en algún momento.

Me sonríe de vuelta y vuelve su mirada al frente. Yo miro de nuevo por la ventana, viendo la lluvia caer contra el cristal. El día sigue como para llorar, pero nadie va a hacerlo porque se trata ahora de un reto. Y lo hicimos reto para asegurar que ninguno de los dos llorara, porque a ninguno le gusta perder. Mucho menos cuando se trata de perder contra el otro; contra las emociones.

You know, I don't want to cry again. I'll never see your face again. I don't want to cry again...



Φαρῶλ (Farol)



Ambos lo sabemos, que hemos llegado al final de la historia. Que esto, sea lo que sea, termina hoy. Se puede sentir en el aire, en la lluvia que cae contra el cristal. Y se siente la nostalgia de todo lo que vamos dejando detrás. Como cuando terminas de leer un libro que te ha gustado mucho y te preguntas ¿Y ahora qué? Pero ninguno de los dos dice nada. Lo sabemos, y sabemos también que no hay más que decir. Nada que reprochar, nada que añadir.

Detiene el auto, hemos llegado. Ninguno de los dos se mueve. Sin mirarlo a los ojos le tomo la mano y la acaricio como la primera vez que lo hice. Los dedos juegan entre sí, deseándose. Sonríe sin dejar de mirar los dedos que se buscan unos a otros hasta encontrarse. No me atrevo a mirarlo, no me atrevo a decirle nada. Él suspira y me abraza. Y yo lo abrazo y siento su calor. Y me siento feliz de estar ahí con él, por última vez. Después de un momento que desearía alargar para siempre, me separo de él. Es el final del camino, no me seguirá acompañando y lo comprendo. Las miradas se cruzan, esta vez ni me molesto en desviar la mía. Quiero mirarlo una vez más, mirar aquellos ojos cafés que nunca podré adivinar. Por alguna razón siento la necesidad de expresar con palabras todo lo que dicen mis ojos, pero no puedo hablar. Siento ese nudo que te deja sin habla. Él sonrío y mueve su cabeza en un gesto negativo. Él se ve mucho más tranquilo que yo, que estoy casi a punto de perder el reto. Respiro hondo y sonrío también. Para qué decirle de

nuevo todo lo que ya le dije, todo lo que ya le demostré. Sólo lo haría más difícil y, siendo honesta, no quiero llorar de nuevo. Permanecemos por un momento así, mirándonos y sonriendo. Haciendo gestos con los ojos sin soltar la mano que sujetamos con fuerza.

Lo suelto al fin, me despido sólo con un beso en la mejilla, le guiño un ojo por última vez, bajo del auto y me alejo.

“My boat’s leaving now”.

So I read to myself a chance of a lifetime to see new horizons. On the front page a black and white picture of Manhattan Skyline...

Berenice Juárez

21 años, super terca (o perseverante si así lo desean). Adoro imaginar y soñar, tanto como adoro dormir y comer cosas dulces, la aventura y la paz. Muy crédula también. Odio el aburrimiento. Grupo favorito: KoC Libro favorito: Demián

E-mail: gab_bere@hotmail.com

Segador 1ra parte

FATE

Era un día despejado y soleado. Los intensos rayos del sol cubrían todo a su paso y en un sendero pequeño y solitario, una persona caminaba. Era de baja estatura, su cuerpo entero estaba cubierto por un manto viejo de color café claro, su semblante estaba oculto por la capucha, pero su mirada se mantenía fija en el camino de enfrente. Se detuvo. Delante de él ya no había un camino, sólo una profunda y larga grieta que le cortaba el sendero.

A varios kilómetros, pero vista claramente, se levantaba orgulloso el reino de Fior. Un reino independiente de todos los demás, que se encuentra localizado en la cima de una cadena de montañas.

La misteriosa persona observaba por largos minutos. Bajo la capucha, los ojos de este individuo no perdían de vista su objetivo.



Jessenia andaba por los caminos de Fior, como de costumbre, una gran multitud se apilaba desesperada para verla pasar. Todas las personas se quedaban calladas, observándola con ojos grandes llenos de una extraña devoción. A pesar de los susurros de algunos hombres, se alcanzaban a escuchar unos pocos comentarios:

—Es ella—decía uno.

—Qué hermosa es—decía otro.

—¡Es una diosa que camina entre mortales!—exclamaba otro.

Los comentarios eran en su mayoría exagerados. La joven de diecio-

cho años, largo cabello recogido hacia atrás, grandes ojos azules, piel tersa y suave, voz clara y una figura bien marcada, era el símbolo de la belleza de Fior. Lo más destacado de la joven era su largo cabello de tinte inusual, pues su color era un tono plateado azulado. La muchacha tenía un lindo rostro, pero estaba lejos de poseer una hermosura que le hiciera acreedora de halagos tan extremos.

Toda la gente allí apilada la observaba como si fuera una diosa entre simples plebeyos. Esto, para la mayoría de las personas, hombres o mujeres, seguramente sería algo muy cómodo y agradable. Salir a pasear en un día común y corriente y que inmediatamente después de salir, la gente te recibiera con grandes elogios y gratos regalos. Aun cuando no has hecho nada para merecerlos.

Jessenia caminaba entre toda esa gente con una sonrisa forzada en su terso semblante. Sus ojos reflejaban un intenso vacío que difícilmente podía ser llenado. Las personas continuaban gritándole todo tipo de halagos, estos eran dulces y gentiles, pero para la chica, eran irritantes y molestos. Jamás les decía nada, pero desearía que dejaran de comportarse como tontos. Ella no había hecho nada para merecerse todo ese cariño. ¡Ya estaba harta de todo! Harta de ese falso cariño que le predicaban, de esa molesta amabilidad injustificada. Solo deseaba que todo terminara.

Sabía que esto no ocurriría. Pues estaba maldita. Condenada a pasar el resto de su vida teniendo que soportar esas falsas muestras de cariño. Todos decían amarla y quererla, pero la cruel realidad era que nadie la conocía. De pequeña estaba contenta y hasta feliz, pero en algún punto de su infancia, ese cálido sentimiento se había perdido. Nadie la veía como era realmente. Nadie hablaba con ella como si fuera una mujer normal. En su interior, la desesperación crecía y sabía que no podía hacer nada.

Φαρῶλ (Farol)

“¿Por qué tuve que pedir ese tonto deseo?” se dijo dentro de su mente. Ahora debía pagar con las consecuencias.

Caminaba pasando a la gente, ignorándolos, así como ellos ignoraban los sentimientos de ella. Sólo en breves ocasiones les dedicaba una sutil mirada llena de una falsa alegría. A las personas que la recibían, creían que ése era el mejor día de sus vidas. Pero entonces algo ocurrió, algo que sacudió el desolado corazón de la joven.

Entre la muchedumbre, la joven logro distinguir un par de grandes ojos azules, estos eran fríos como el hielo y estaban pegados a una mirada afilada como un cuchillo. ¿Qué era ese extraño sentimiento que comenzaba a brotar de la joven? Observó a las demás personas, todos continuaban con sus bobaliconas miradas y sus ridículas sonrisas llenas de una aparente felicidad. Ninguna persona, salvo por él, la miraba con ojos fríos y distantes. Cuando regresó la vista al lugar donde estaba esa persona; había desaparecido.

“¿Habrà sido mi imaginación?” pensó y continuó su camino.



Claro que debió haber sido cosa de su mente, nadie, ni siquiera el más misántropo de los individuos, podía resistir los misteriosos encantos de Jessenia. Regreso al palacio real tras una larga caminata para despejar su mente.

El día le dio paso a la noche. Las doncellas le preparaban la cama a la chica mientras ésta contemplaba desde el palco de su habitación la intensa luz de la luna. Recordando aquel suceso ocurrido hace ocho años, bajó la vista. Las luces de las viviendas se veían diminutas y adorables, y más allá, tierras desconocidas.

Las doncellas se retiraron de sus aposentos después de informarle que la cama estaba lista. La joven continuó contemplando la lejana luna que orbitaba en el firmamento, finalmente le dió la espalda y se internó en su habitación. Se recostó en la amplia y suave cama, pero antes de cerrar los ojos y dejarse llevar por el sueño, el recuerdo de esa mirada fría y afilada apareció en su mente.

Jessenia comienza a dormir preguntándose si en verdad había sido su imaginación.



En esos momentos aún no sabía nada, sólo era una joven ignorante de los sucesos que estaban a punto de llevarse acabo. Había alguien que observaba desde algún lugar a Jessenia dormir en su habitación.

—El momento se acerca—dijo una voz áspera—, no podemos darnos el lujo de imprevistos.

— ¿Imprevistos?—mencionó una segunda voz.

—El segador está en el reino, puedo sentir su poder. Está cerca—continuó esa misma voz áspera.

— ¿Qué haremos?

Φαρῶλ (Farol)

—Adelantar nuestros planes. Reúne a las tropas, no permitan que el intruso interfiera, encuéntralo y mátenlo. Yo me dirigiré al altar, en pocas horas la luna habrá alcanzado su punto máximo. Organiza un grupo y vigilen a la chiquilla, la muy tonta continúa durmiendo.



En ese momento, fuera del castillo, la misma persona que caminaba por el solitario sendero se encontraba de pie sobre la rama de un árbol, observando el alcázar mientras el viento agitaba sus viejas prendas.

FATE

Actualmente estoy cursando el tercer semestre en la licenciatura de Letras Mexicanas. Elegí esta carrera porque disfruto de crear historias y quiero compartirlas con los demás, así expandir el hábito de la lectura.

La importancia del cine en la literatura de Rubem Fonseca

Daniela Saucedo

En pleno siglo XXI, es imposible pensar en las formas de arte como en algo aislado. Con tanta intertextualidad, tantas manifestaciones, tanta inspiración, pensar en una obra que sea "pura" resulta absurdo, incluso. ¿Para qué pelearlas? Al unir características de la literatura y la cinematografía, Rubem Fonseca creó *El salvaje de la ópera*, un libro que de inmediato te sitúa en una posición complicada, porque no sólo te conviertes en el lector, sino en el constructor de una historia. Generalmente sabemos que la literatura influencia al cine pero, ¿cómo influiría el séptimo arte sobre una novela?

El salvaje de la ópera se publicó en 1994 y cuenta la historia de Carlos Gomes, un músico humilde que por azares del destino recibe apoyo del emperador de Brasil para estudiar música en Italia. La novela nos cuenta la vida de este hombre: sus estudios, sus éxitos, sus fracasos, sus amores. La historia no nos brinda algo que no hayamos visto previamente porque maneja el tema eterno: **¿quién soy?** Sin embargo, Fonseca le da un giro de tuerca a la forma de relatar la anécdota porque no estamos ante una estructura narrativa convencional sino ante la maqueta de una película, una especie de escaleta literaria previa a un guión formal.

¿Por qué decimos que es una novela si antes se le llamó "escaleta literaria"? Porque lo es, porque la historia avanza, por su extensión. Tal vez en esos sentidos sea convencional, pero sólo en eso, porque una vez que comenzamos a leer es fácil darnos cuenta que la experiencia no va a ser convencional. A lo largo de sus 334 páginas, el autor cambia de perspectiva constantemente: a veces estamos viendo la pantalla del cine, otras estamos hablando con el narrador (quien parece haber re-



copilado toda la vida de Carlos a fin de realizar una adaptación) y si no, estamos viendo su vida. Nunca sabemos lo que le va a pasar porque las oportunidades no presentan en forma de *deus ex machina*, sino que muchas veces tiene que luchar contra las adversidades e inclusive hay cuestiones que quedan abiertas para el lector, pues debido a la forma de narrar, se nos dice que quien adapte al final el guión podrá escoger entre diferentes vehículos para presentar cierto hecho. Ésa es la misma manera en que él nos arrastra a través de su literatura, el lector se siente en un laberinto y por más que voltee, no sabe si encontrará la salida.

Una de las marcas más importantes de esta novela es el extenso conocimiento sobre el lenguaje y las técnicas cinematográficas que tiene el autor. Para quien conoce la vida de Rubem Fonseca –pocos afortunados, pues es un hombre en extremo reservado– no es desconocida la pasión que siente por el séptimo arte, ni que ha escrito guiones, muchos de ellos premiados; además, debido a su fascinación y amplio repertorio de historias policíacas, es claro que está en contacto constante con el cine, pues son dos géneros que están ligados íntimamente. Eso sienta un precedente respecto a *El salvaje de la ópera*, pues es una novela que exige mucho trabajo mental del lector, como si el narrador nos obligara a convertirnos en todo el *crew* de filmación: somos directores, guionistas, editores, productores, ingenieros de sonido, músicos, directores de casting. Se vuelve casi una obligación el crear la película de Carlos Gomes porque la inversión creativa nos lleva a ello: si desconocemos términos de cine o la forma de presentar escenas, de alguna manera nos sentimos obligados a saberlo porque es parte de la construcción que el autor quiere que logremos.

Rubem Fonseca aprovecha su obra para hacer guiños hacia la historia

del cine. Dado que estamos en el proceso de creación de una película sobre la vida de Carlos Gomes, un compositor de ópera, hace una pequeña comparación con *Amadeus*, la multipremiada cinta de Miloš Forman. La novela es un homenaje a su amor por el cine, a su carrera como guionista y como crítico, aprovecha para mostrarle al público que tiene más facetas que sólo la de escritor policiaco. *El salvaje de la ópera* es una cátedra sobre la creación, pues no sólo nos explica sobre los movimientos de la cámara o de la transición entre escenas, sino que nos enseña a trabajar sobre los personajes.

Al final, no es posible olvidar que la historia no sólo trata la literatura y el cine, sino también otra forma de expresión artística: la música. Ésta juega un papel muy importante a lo largo de la novela porque es la profesión del protagonista, él se gana la vida escribiendo óperas y sufre debido a su pasión. A pesar de que no tenemos las partituras, ni las letras de sus composiciones, es sencillo imaginarnos cómo se verían puestas en escena porque Fonseca transmite con una fuerza extraordinaria el sufrimiento artístico que le provoca a Carlos su pasión por la música. Lo observamos ir de un lado hacia otro, discutiendo por el montaje, porque no le gusta a quién eligieron para ser algún personaje. Peleando por el arte, por su arte.

El salvaje de la ópera representa muchas cosas. Es una conjunción artística, un homenaje a las artes, una prueba del diálogo entre manifestaciones, un ejercicio sin igual, pero sobre todo, una manifestación de por qué el autor se puede dar el lujo de recomendarse a sí mismo para saber cuándo una historia es buena. Navegar entre géneros es una práctica común en nuestra época, pero hacer una novela de una maqueta de cine de la vida de un músico ficticio es un verdadero acto de maestría. La relación entre la literatura y el cine es estrecha, son dos artes que convergen y que se van a seguir viendo las caras durante muchísimo tiempo. Enfrentarlas puede ser titánico, pero no imposible: basta con preguntarle a Rubem Fonseca.



La vía para viajar por el tiempo

Aracely Estrada Dávila

Viajar a través del tiempo, ir de presente al pasado, o del pasado a un futuro distante, ha sido el sueño de muchos niños, escritores e incluso de científicos a lo largo de la historia. El ser humano se ha empeñado tanto por descubrir una forma de saber el futuro, y lo más cercano que existe a esto es la ciencia de la probabilidad y estadística, pero aún no hay forma de saber con exactitud qué será de cada uno de nosotros al día siguiente. Es una curiosidad natural de las personas el querer saber sobre algo que no ha ocurrido, y no necesariamente por morbo; de hecho, temo que tendría que llamar mentiroso a aquel que llegue a afirmar que nunca se ha preguntado cómo será el mañana, pues forma parte de nosotros. Pensar en el futuro nos permite tener un plan de vida.

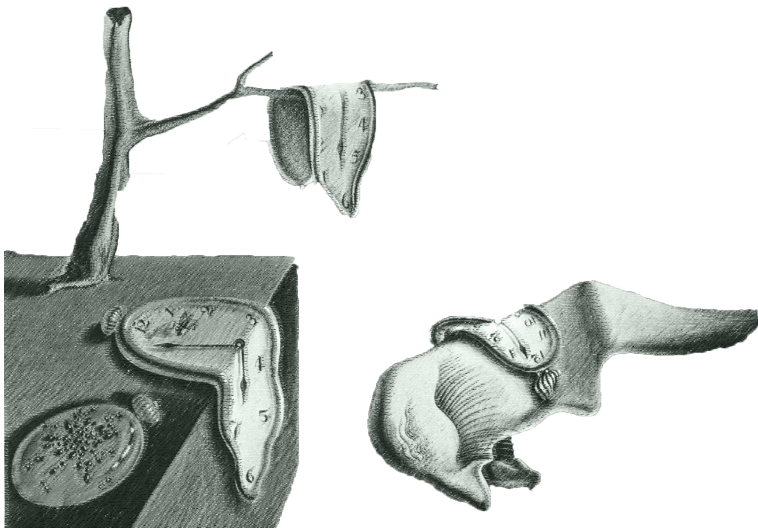
No sólo existe ese afán de querer ir a un futuro próximo o lejano, sino también a alguna época en el pasado, sea para remediar algún error, o bien por la pura necesidad de averiguar el que se habrá sentido vivir en algún año en el que ni si quiera se tenía previsto nuestro nacimiento. Muchos han afirmado una realidad bastante triste al declarar que los viajes en el tiempo son una fantasía, algo imposible. Tal vez sea verdad, pero no una absoluta, ya que sí existe la posibilidad de viajar por el tiempo. No de forma física, claro está, pero sí con el lenguaje. Existe una "máquina del tiempo", que si la sabemos utilizar, podremos ir a la época que deseemos. Ocupamos buscar bien. No hablo de la máquina del tiempo planteada por el escritor H.G Wells, tampoco de una "Tardis", o un auto Delorean. Me refiero a algo más sencillo y compacto que podemos cargar con una sola mano.

El libro.

Si una buena descripción referente a un lugar puede transportarnos hasta él con el simple hecho de imaginarlo, o podemos ver un rostro bien descrito frente a nosotros si cerramos los ojos y empeñamos un poco de esfuerzo, entonces una buena literatura puede llevarnos a distintas épocas también.

Gracias a los libros he conocido las pirámides de Egipto, caminé por los mercados ambulantes de Medio Oriente, me he enfrentado a los criminales más audaces que Scotland Yard no pudo atrapar, he recorrido castillos, he tenido que refugiarme de los soldados más despiadados del Imperio Romano, de los nazis o de guerreros vikingos, he vivido bajo dictaduras y he salido de ellas. No sólo leo dramas o historia de nuestra cruda realidad, también me adentro en aventuras fantásticas de caballeros que juran haberse enfrentado a dragones, me he topado con brujos y he sufrido de las maldiciones que los dioses han puesto sobre mí y me ha tocado ver a las criaturas mitológicas más sorprendentes.

En muchos tiempos estuve y estaré.



No sólo disfruto viajar al pasado, me atrevo a decir que también he ido al futuro, y es a donde más me gusta tener el honor de ir. Para viajar a éste, se recomienda recurrir a la ciencia ficción, que no es una ciencia tan ficticia después de todo; inventos propuestos por autores o innovaciones inspiraron a algunas de las cosas que ya existen en la actualidad. No estamos yendo a algo tan incierto, sólo debemos indagar bien. Después de todo, al ser situaciones que supuestamente aún no ocurren, en años tan distantes, ¿quién me asegura que será real o no? Considero que si poseemos la habilidad cognitiva de imaginar, entonces debemos aprovecharla. No sólo existe este mundo por conocer, también invito al lector a no quedarse únicamente con eso. Le invito a escribir, sea sobre el futuro, el pasado, o bien el presente. Quién sabe. Quizá alguien dentro de muchos años llegue a leerlo.

Brindemos la oportunidad a nuevas generaciones para viajar al pasado, así como nosotros lo hacemos cada que leemos algo de hace años o incluso siglos atrás.

¡Buena suerte en su viaje en el tiempo!

Aracely E. D.

Actualmente es una estudiante de pedagogía en la facultad de filosofía y letras de la UANL. Egresada de trabajo social de la preparatoria técnica Álvaro Obregón. Desde primaria ha estado entre los mejores lugares y sus más grandes afanes han sido la lectura y la escritura.

Sitio web: <https://twitter.com/AEDSherly>

Ah, y el próximo número saldrá en menos de seis meses. ¿Por qué esperar si puedes mandar tus textos ya?

